

LA VOZ DE PEÑAFIEL... EN VILLABRAVÍA

Carlos Calvo Alonso

El 30 de agosto de 1916, La Voz de Peñafiel publicaba en la sección de noticias el siguiente breve: “*Está dando mucho que hablar, haciéndose de ella muchos comentarios, la novela recientemente publicada por el eminente literato don Fernando Gil Mariscal, titulada ‘Villabravía...’*”¹. En realidad, la novela se titulaba *En Villabravía* y no era raro que diese “mucho que hablar” porque, en parte, estaba ambientada en Peñafiel, donde su autor, Fernando Gil Mariscal, había ejercido como juez de instrucción del partido desde el 27 de mayo de 1913 hasta el 7 de febrero de 1915, fecha en la que le sucedió en el cargo su hermano.

El Autor

Gil Mariscal, había nacido en Villanueva de la Serena (Badajoz) en 1886. Fue un reconocido jurista y un escritor de cierto prestigio, colaborador en diversos periódicos de Madrid y provincias y autor de ensayos, novelas y libros de relatos y semblanzas literarias. Pasante y colaborador en el despacho de Joaquín Chapaprieta y Santiago Alba, figuró entre las amistades de este último y, como tal, se encontraba adscrito al ala izquierda del Partido Liberal. Llegó a Peñafiel procedente de Velilla con la plaza de juez recién ganada,² para pasar después por San-

ta María de Nieva, antes de pedir la excedencia.

La vida da muchas vueltas y las cabezas de los hombres más. Pese a su progresismo de juventud, Gil Mariscal no tenía inconveniente en 1926 en aceptar un puesto en la junta directiva del Ateneo de Madrid, nombrada bajo la supervisión directa de Primo de Rivera, y en participar con cierta relevancia en diversos actos culturales del Madrid de la segunda mitad de los años veinte, mientras Alba, su antiguo mentor, se exiliaba para librarse de la persecución sañuda del liquidador del régimen de la Restauración. Finiquitada la dictadura, el autor de *En Villabravía* pagó la prominencia social que había alcanzado bajo su dominio. Se le echó en cara su deslealtad³ y a finales de 1932 fue destituido de su puesto de abogado fiscal de la Audiencia Provincial de Cáceres “*por servir cargos durante la dictadura y gobiernos sucesivos y por incompatibilidad con el régimen*” [Segunda República]⁴. A finales de 1935, concluyendo el período de poder radical-cedista, el autor de *En Villabravía* es repuesto en su cargo de abogado fiscal, ahora en comisión, en la Audiencia Provincial de Badajoz, y nombrado, a finales de año, gobernador civil de Alicante. Alba y Chapaprieta, sus antiguos mentores, eran de nuevo por aquel entonces figuras relevantes de la política española; se ve que no se habían

¹ **Noticias**, *La Voz de Peñafiel*, núm. 518, 30 de agosto de 1916.

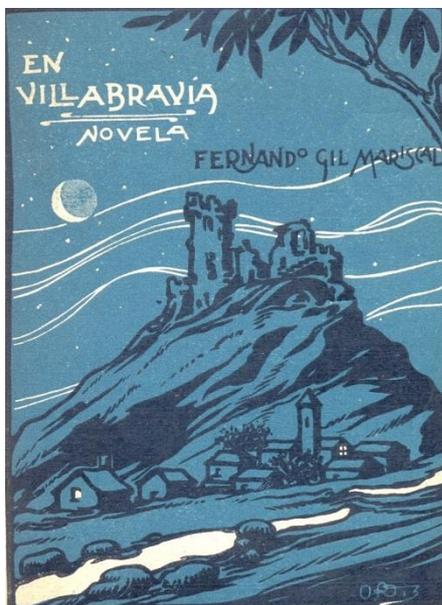
² **Noticias**, *La Voz...*, núm. 343, 16 de mayo de 1913. Gil Mariscal dejó su puesto de Peñafiel menos de dos años después (**Noticias**, *La Voz...*, núm. 442, 12 de febrero de 1915). Puede haber ciertas dudas sobre su condición real de juez a tenor de una postal de felicitación de cumpleaños que le envió posteriormente un peña-fielense que se daba por enterado de que “no es Vd. Juez”. Dado que la Enciclopedia Espasa informa de que ganó la judicatura por oposición y que el autor de *En Villabravía* ejerció después el mismo cargo en Santa

María de Nieva (**Información del día**, *El Norte de Castilla*, 12 de abril de 1922), nos inclinamos a pensar que el remitente de la postal hizo referencia a su excedencia posterior. La consulta de dicha postal se lo debemos a la gentileza de Francisco Cubero Larriba y Jesús Tejero Esteban.

³ PICK, **Los amigos de Alba**, *El Norte de Castilla*, 19 de Julio de 1930.

⁴ **Nuevas jubilaciones de magistrados y jueces**, *El norte...*, 4 de diciembre de 1932.

tomado muy a mal la desafección de su antiguo amigo y pasante de despacho. A partir de aquí perdemos la pista de Gil Mariscal y no hemos conseguido ninguna referencia más de él, ni siquiera la necrológica.



En Villabravía, una novela de amores, costumbres y política

La novela *En Villabravía* narra los amores y desamores de Manuel Fernández de Gómarra, humilde y responsable encargado de la oficina de correos del pueblo y Mercedes Lopo, hija del secretario del ayuntamiento local; el relato tiene, pues, el hilo conductor de una novela sentimental, aunque Gil Mariscal pretendía más cosas con ella, y así lo avisaba en las cartas que para promocionarla envió a sus posibles lectores⁵: *“Villabravía es simbólicamente la parte atrasada de la nación [...] Estudio esquemático completo de nuestra sociedad”*; pasaba después el autor a enunciar diversos temas costumbristas que se suceden en el relato y volvía a ponerse serio en los últimos párrafos de su misiva invitando al futuro lector a discurrir sobre *“problemas de palpitante actualidad, en cuya solución, como buen español, muchas veces pensará y cavilará”*. Así pues, novela sentimental, costumbrista y de tesis política.

Francisco de Cossio, en *El Norte de Castilla*⁶, saludó la salida del libro con una crítica benevolente en la que elogiaba francamente los aspectos costumbristas de la novela e insinuaba lo elemental de la trama amorosa, pero, curiosamente, no hacía ninguna referencia a las peroratas políticas de alguno de sus personajes, que desarticulan notablemente la narración.

Y es que a Gil Mariscal le cuesta hacer que sus tesis se disuelvan con naturalidad en la narración de las vicisitudes sentimentales de Manuel y Mercedes Lopo. Los protagonistas, rodeados por un coro de personajes que les sirven de contrapunto, ocupan el centro de un escenario cuyo decorado se va desplegando en sucesivas estampas de ambiente local. Aunque se nota un tanto el artificio, mientras la novela se mantiene en el terreno de las descripciones costumbristas, la ironía que sabe destilar el autor ayuda a seguir con cierto interés el despliegue de situaciones. Pero la trama se desestructura y la novela se vuelve francamente plomiza cuando el autor pasa a exponer sus teorías sociológicas. Para desarrollarlas, se sirve fundamentalmente de un personaje culturalmente elitista y marginal, apodado el Brujo, que se encarga de hacer una crítica feroz del ambiente social y político que envuelve a la población, desde una posición en principio nihilista. Pero, rematada una primera parte de la novela con un rotundo final con claros ecos de *La Regenta* de Clarín, el nihilismo del Brujo queda ahí, colgado y pendiente de revisión. Así que, para enmendar la situación, al autor no le queda más remedio que añadir a la obra una muy corta y forzada segunda parte y un epílogo no menos asimétrico.

¿Era Villabravía Peñafiel?

No era raro, como hemos dicho, que la publicación de *En Villabravía* suscitara abun-

⁵ Gentileza de Jesús Tejero Esteban

⁶ Francisco de Cossio, *El libro de la semana. “En Villabravía”, El norte...*, 29 de octubre de 1916.

dantes comentarios en Peñafiel, ya que la obra estaba ambientada en un pueblo que tenía un castillo muy parecido al nuestro (aunque de granito); un río que se llamaba Guadiatón; un casino –“La Concordia”- para cobijo de próceres; una fonda con el mismo nombre –“Hospedaje del Siglo XX”- y situación, frente a un puente por el que paseaba la gente endomingada, que los de un hotel que había por aquel entonces en nuestra Villa; un convento de San Pablo; un casi perpetuo secretario de ayuntamiento, como el que tenía el ayuntamiento de Peñafiel en aquel tiempo; unas fiestas de la Virgen, en verano y con capeas, durante las que se colocaba una empalizada en forma de jaula... Por no faltar, no faltaba ni un periódico –“El Eco de Villabravía”- con contenidos semejantes a los de La Voz de Peñafiel, aunque con una génesis y unos responsables que nada tenían que ver con los de nuestro histórico y meritorio semanario. Es fácil, por tanto, imaginarse a los peñañielenses más leídos haciendo lo que ahora tenemos la tentación de hacer nosotros: identificar paisajes y paisanajes. Claro que, para ellos, espectadores contemporáneos, las correspondencias debían de ser más fáciles y, sobre todo, la malicia de las atribuciones, más divertida.

No obstante, Villabravía no era una copia exacta de Peñafiel. El autor nos dice que se trataba de un pueblo como todos los pueblos; un ejemplo, añade, de población de la España profunda. De hecho, por las páginas de la novela se despliegan terrenos de bosques y dehesas que nos suenan mucho a Extremadura –la patria de Gil Mariscal-, urbanismos que a veces no coinciden con nuestro callejero y costumbres que no eran propias de aquí. Por eso, la novela no nos permite añadir nada con certeza a lo que ya conocíamos, ya que ignoramos la fuente de inspiración de Mariscal para lo que no tenemos datado.

Hay que suponer, eso sí, que, si el autor eligió nuestra Villa como escenario fundamental de su relato, hubo de ser porque no encontró en Peñafiel una sociedad incompatible con la de esa España profunda que tan duramente pretendió describir en su relato desde una perspectiva crítica y reformista. Pero, por aquella época, esa sociedad de la España profunda también era objeto de análisis y preocupaciones muy diferentes en La Voz de Peñafiel, órgano conservador de expresión de un sector ilustrado de la burguesía local. Novela y semanario nos permiten, pues, comparar actitudes distintas frente a los problemas que aquejaban a nuestra sociedad en las primeras décadas del pasado siglo.

Burguesía reformista, burguesía conservadora

A tenor de las peroratas de los personajes de su novela, debió llegar Gil Mariscal a Peñafiel con ideas sociales y políticas que, creemos, bebían mucho del regeneracionismo de Joaquín Costa, pues la descripción crítica y pesimista de la sociedad de *Villabravía* que nos ofrece el autor nos recuerda mucho las reflexiones del Costa de *Oligarquía y Caciquismo* sobre los artificios del sistema político de La Restauración, montado sobre la ignorancia del pueblo y la mediocridad de una oligarquía incapaz de generar jerarquía. Tampoco anda lejos del pensamiento de Costa el anticlericalismo que Gil Mariscal deja traslucir en su la novela, por más que el patriarca oscense siempre fuera respetuoso con la religión

Durante su estancia en nuestro pueblo, Gil Mariscal debió mantener un trato deferente con los próceres de La Voz de Peñafiel. Publicó un solo artículo en el semanario, cuando ya había abandonado la Villa – una descripción poética del castillo de Peñafiel en la noche⁷-, y, muy significativamente, no

⁷ Fernando Gil Mariscal, *Desde el Castillo de Peñafiel, La Voz...*, núm. 481, 19 de noviembre de 1915.

hizo aparecer a ningún redactor de “El Eco de Villabravía” entre los mediocres personajes de casino que figoneaban y cotilleaban los amores de Manuel y Merceditas Lopo. El periódico, por su parte, da cumplida cuenta de una intervención de Gil Mariscal en la Academia de Jurisprudencia en la que alababa el valor arquitectónico de la fortaleza peñafileense y de la capilla de los Manuel. El redactor de La Voz remataba la reseña con amabilidad protocolaria diciendo que el jurista con “su amable trato dejó muchos y buenos amigos que [con] satisfacción le recuerdan”⁸. Pero La Voz de Peñafiel no parece estar muy entusiasmada, en cambio, con la publicación de la novela ambientada en nuestro pueblo, a juzgar por las escuetas líneas que le dedica, a pesar de “ser muy comentada”. No podía estar muy contento un semanario muy ligado al activismo social católico con una novela que criticaba la intromisión de la Iglesia en los asuntos políticos y dejaba entrever las maniobras de ciertos clérigos para quedarse con las herencias de las viejecitas.

Pero, sobre todo, llama la atención el contraste entre la actitud e inquietudes socio-políticas que Gil Mariscal refleja en su relato y las de la élite intelectual que editaba La Voz de Peñafiel. Mientras los redactores del semanario dedicaban páginas y páginas a la situación concreta de la agricultura y a la de sus propietarios y trabajadores, en Villabravía había caciquismo y élites estancadas y mediocres, pero no filoxera, tampoco crisis de precios del cereal ni emigración... El pueblo llano de Villabravía solo aparece, ignorante y atrasado, como telón de fondo de la descripción social que hace Gil Mariscal: una masa cruel con los novillos en las capeas, crédula en los mítines de los candidatos populistas... La Voz de Peñafiel, en cambio, sí muestra una gran preocupación por

la gente del pueblo y sus problemas; preocupación paternalista, pero preocupación, al fin y al cabo. Diríase que, frente al radical escepticismo sobre las posibilidades de cambio del sistema político que envuelve a la España profunda de Gil Mariscal, el semanario de Peñafiel, instalado en un difícil día a día que le preocupa, busca soluciones prácticas, aunque parciales e insuficientes, para el mantenimiento digno de una sociedad cuyo orden no quiere que se rompa.

Sirva como ejemplo de este contraste de actitudes el tratamiento del problema del caciquismo, que es muy recurrente en la novela y también objeto de diatribas constantes en La Voz de Peñafiel. Nuestro semanario aboga una y otra vez por abolir la rivalidad política, fuente de desavenencias en los pueblos, en pro de una unión de esfuerzos para buscar las soluciones que se necesitan, sobre todo en la agricultura; votar es inútil porque al fin resultará “lo que el que manda quiera”. Como ejemplo, recuerda en uno de sus artículos los últimos chanchullos y la violencia política que se habían producido en el distrito de Cuellar en el inicio del verano de 1910⁹. No tiene una opinión muy distinta sobre la utilidad de las votaciones el orate que Gil Mariscal emplea como principal disertador en su relato, pero no alude para nada a posibles esfuerzos redentores colectivos. Cita la anulación de los resultados de una contienda electoral en el distrito de un pueblo llamado “C”, cercano a Villabravía, pero no se escandaliza como los redactores de La Voz; es más, en una actitud de cínico escepticismo, le parece hasta beneficioso que un buen puñado de ciudadanos hubieran “hecho la matanza” cobrando por sus votos. Visto desde la perspectiva actual, no deja de tener cierta coherencia esta postura; el vacío que no cubre la administración pública de un estado insuficiente ha

⁸ Noticias, *La Voz...*, núm. 458, 4 de junio de 1915.

⁹ S/F, *La crisis Agrícola, La Voz...*, núm. 204, 7 de julio de 1910.

de llenarse con la organización de grupos locales de poder y contrapoder. Dice el Brujo que El Patarrán –cacique de Villabravía– resuelve muchos problemas que alguien tiene que resolver. Los redactores de *La Voz* nos recuerdan por su parte, número tras número, el precio que a la postre suponían los servicios caciquiles: abusos, rencillas, corrupción, ineficacia, usura...

¿Merece la pena leer hoy *En Villabravía*? La verdad es que, desde un punto de vista literario, seguramente hay cosas más interesantes a las que hincar el diente. Pero, a quien esté interesado en la historia de nuestra localidad durante las primeras décadas del siglo pasado, el libro le mostrará que la sociedad peñañielense no estaba herméticamente cerrada y que el pensamiento de matriz arbitrista, católica y conservadora de cierta burguesía local podría confrontarse

con los restos de un regeneracionismo crítico y radical, quizás importado por gentes de fuera.

Eso sí, quizás no haya que extrañarse tanto de que Gil Mariscal no tuviera inconveniente en estar, años más tarde, al servicio de la dictadura de Primo de Rivera, del mismo modo que lo estuvieron los responsables de *La Voz*. Ya se le había advertido en su día a Joaquín Costa que la crítica radical a la deficiente democracia del régimen de la Restauración podía convertirse en crítica a la democracia en España. No había de pasar mucho tiempo para que Gil Mariscal, junto a sus antiguos patrones del ala izquierda del partido liberal, trabajase en equipo con la burguesía más conservadora para desmontar las laboriosas reformas sociales del primer período de la Segunda República.